

La primera consideración que tenemos que hacer es la Patria; la Patria estaba en manos de un torvo asesino: Vidal Sánchez, y de un vulgar ratero, Pérez H.; había que liberarla. Para liberarla se necesita un ejército y todos sabemos que un ejército en campaña es algo que cuesta muy caro. Ahora bien, en México las clases populares siempre se han mostrado muy generosas con su sangre, cuando se trata de la defensa de una causa justa. Pero nunca se ha sabido de un ejército que se mueva con donativos populares. El dinero tiene que venir o de las arcas de caudales de los ricos, o bien, de las del Gobierno de los Estados Unidos. Como no contábamos ni con el apoyo, ni con las simpatías de este último, nos fuimos sobre los primeros.

¿Cuándo se ha sabido que un rico mexicano dé voluntariamente dinero para algo? Aunque no sea patriótico. Nunca. Es por eso que Zarazúa se encargó de meter a estos seis personajes en el calabozo del cuartel de las Puchas.

Doña Cesarita, la esposa de Don Celestino Maguncia, vino hecha un mar de lágrimas a pedirme que no fusilara a su marido.

—Si no lo voy a fusilar, señora —le dije para tranquilizarla—, nomás me entregan el dinero y lo pongo en libertad.

—Es que mi marido es dueño de un banco, pero somos muy pobres —me dijo ella, con tanto descaro, que me dieron ganas de pasarla por las armas. (...)



LIBROS  
A LA CALLE



Leer  
sin parar

Jorge  
Ibargüengoitia  
(1928-1983)  
*Relámpagos  
de agosto*

Ilustración:  
Angel Luis  
Sánchez



librosalacalle.com